

Programa de “Invitación a la lectura” - Curso 2005-2006

VISITA DEL ESCRITOR FÉLIX TEIRA CUBEL

Acto público realizado en la *Casa del Hjarano*, el miércoles, 14 de diciembre de 2005, de 9:00 a 10:30 horas

Intervención de José Antonio García Fernández

Gracias, señora directora.

Buenos días a todos.

Al hilo de lo que acaba de decir la directora sobre la importancia de la lectura, y antes de presentar al autor, querría recordar que la persona que da nombre a nuestro instituto, Pedro Laín, fue, además de sabio, gran lector y que dedicó alguno de sus innumerables libros al acto de leer.

Laín decía que el libro es convivencial y divertido; que nos socializa y entretiene. “Leer es entender”, un silencioso coloquio entre autor y lector que nos ayuda a comprender (al otro, a nosotros mismos) y nos permite incluso conversar con los antiguos, con seres de otro tiempo y otro lugar. La lectura nos mejora porque, al leer, re-creamos, volvemos a crear el texto y nos reconstruimos a nosotros mismos, rectificándonos tras el acto lector. En ese sentido, pues nos reconstruye interiormente, la lectura rejuvenece.

Leer un buen libro es, a la vez, entretenimiento, diálogo con autores y personajes, y camino de autoperfección. Es un excelente medio de

comprensión del otro y, al tiempo, de introspección (o comprensión de uno mismo).

El libro nos entretiene porque nos presenta un modo de vida sugestivo y porque, identificados con los protagonistas, dejamos nuestras vidas para vivir otras. Es convivencial porque establece un puente entre autor y lector. Nos perfecciona porque enriquece nuestro espíritu y nos transmuta imaginariamente. Tiene a la vez algo de autoafirmación, de rectificación y de catarsis (o depuración). Él nos omnifica y autentifica, enmendándonos a nosotros mismos. La lectura nos re-crea, nos reinventa y perfecciona, ayudándonos, primeramente, a deconstruirnos para, luego, reconstruirnos con mayor amplitud y experiencia. Leer pone a prueba nuestros límites, nos enfrenta a nosotros mismos, nos proyecta y nos ensancha. Y por eso los profesores os insistimos tanto en la importancia de esta aventura lectiva.

Y de ello voy a hablar ahora, de la aventura de leer a Félix Teira, quien con sus obras, y especialmente con *Saxo y rosas*, a la que hemos prestado mayor atención, nos ha hecho gozar. Creo poder afirmar que mayoritariamente el libro ha gustado, que os habéis identificado con los protagonistas, Germán y Raquel, y su accidentada historia. Os ha gustado, por lo menos eso me han dicho a mí mis alumnos, y creo que otros alumnos pensáis así. Incluso algunos habéis leído por vuestra cuenta más obras de Teira, por el mero placer de leer, fuera de la obligación que os habíamos marcado los profesores. Os ha gustado, sí. Y además, *Saxo y rosas* va por la décima edición, lo que quiere decir que no sois los únicos en apreciar el trabajo del artista: la novela goza del favor del público.

Félix Teira conoce bien el alterado mundo emocional de los jóvenes, porque trabaja a diario —como docente que es— con ellos. Y ese conocimiento se nota en sus novelas. Sus historias son siempre problemáticas, porque sin problema no hay novela, claro, y también porque si alguna edad complicada hay en la vida es, sin duda, la primera juventud. “Adolescencia” quiere decir “edad del dolor”, etapa de pasiones y enfrentamientos. Entonces descubrimos que nada es lo que parece, ni las personas, ni el mundo de los adultos, ni siquiera las relaciones familiares. Es la edad del tránsito, desde una niñez feliz a una vida difícil. Tiempo de ajuste y experimentación. Eso se ve estupendamente en *Saxo y rosas*.

Las novelas de Teira son urbanas, entretenidas, con intriga y abundantes diálogos; de tono realista y narración lineal, sin saltos atrás. Usa un lenguaje coloquial, conversacional, con tacos y expresiones coloquiales, con referencias procedentes de la cultura de masas (nombres de cantantes y actores, letras de canciones, títulos de películas...).

La ciudad es el escenario en que se mueven sus personajes, que viven en zonas urbanas diferenciadas, residenciales o populares, según su procedencia social. En el mundo de Teira, los ricos viven lujo e hipocresía. Los jóvenes de clase baja, en cambio, se esfuerzan por prosperar. Faltos de escrúpulos o inconscientes, con marcada tendencia a la autojustificación, no miden las consecuencias de sus actos. Su ambición los lleva a meterse en líos, a frecuentar ambientes peligrosos, a realizar acciones cuestionables. Contrastan con sus mayores, vencidos y conformistas, incapaces de soñar con la redención o la mejora. Ellos quieren cambiar, triunfar a cualquier precio.

En las historias de Teira, suele haber una joven pareja donde uno de los enamorados procede de la burguesía y el otro, del mundo obrero. Los jóvenes, más libres, menos prejuiciosos e interesados que sus progenitores, se aman contra todo y contra todos. Hay conflicto generacional entre padres e hijos, pero las cosas suelen arreglarse antes del desenlace. La conflictividad es mayor en las clases altas, porque a los cachorros de la burguesía, en cuanto abren los ojos, se les evidencia que viven un mundo de privilegio, que los valores de sus padres son el dinero y el egoísmo de clase.

El amor en Teira es una revolución que salta barreras. Este aspecto de rebeldía, de atracción por lo prohibido, sitúa a autor y lector de parte de los jóvenes y está en la base de la intriga novelesca, hace leer pensando en los amores obstaculizados, en cómo se arreglarán los protagonistas para salvarlos.

La novela se orienta hacia su desenlace que, en Teira, suele quedar abierto: después de señalar la evolución, el tránsito de la edad ingenua a otra más sabia, pero difícil y escéptica, se aventura el final feliz de la historia, pero dejando margen a la interpretación del lector.

Los protagonistas aparecen retratados en sus sueños y aficiones: música, motos, idiomas, viajes, pintura... Acuden a un centro educativo, pues están en edad de estudiar, pero no encuentran allí modelos de vida válidos; simplemente cumplen el trámite de asistir, con mejores o peores resultados académicos. La educación formal no tiene gran relevancia en su formación y se trata más bien del otro aprendizaje —el de la vida—, del choque con el mundo real, los primeros amores y las primeras desilusiones,

del encuentro con una realidad adulta compleja e imperfecta. Los amigos y los ambientes urbanos educan más que la escuela.

Estas características que acabo de exponer —escenario urbano, relato trepidante, intriga, final abierto, lenguaje callejero, diálogos abundantes...—, presentes en *¿Y a ti aún te cuentan cuentos...?*, en *Una luz en el atardecer*, aparecen también en *Saxo y rosas*, novela de música y espinas sobre el primer amor (y desamor) de una adolescente impetuosa.

Germán Almenar, *chico malo*, soñador, de padre alcohólico y madre luchadora, y Raquel Borja, *niña bien*, hija de un arquitecto, se enamoran sin remedio. El instituto es el lugar que relaciona a jóvenes de distinta extracción social.

Todo se alía para obstaculizar el amor de la pareja. En el recorrido novelesco, conoceremos el sórdido submundo de ilegales, traficantes de droga y gentes precarias; el universo corrupto de los poderosos, donde el egoísmo, el fanatismo xenófobo y el dinero lo mueven (casi) todo. Hay un juez ultra que dirige un grupo de *skin-heads*; unos *niñatos pijos* que se dedican a apalear negros; ilegales que corren, viven, huyen y golpean cuando pueden; un concejal de urbanismo que decide exculpar a su hijo neonazi, aunque para ello tenga que cargarle su delito a otro; dos jovencitas acomodadas que se lo cuentan todo y arruinan a sus familias con sus interminables conversaciones de teléfono; un matrimonio en crisis dispuesto a guardar las apariencias; un chico de barrio que quiere prosperar vendiendo camisetas; una quinceañera impetuosamente enamorada...

En el libro se enfrentan dos sexos (masculino / femenino), dos clases sociales (alta / baja), dos generaciones (padres / hijos) y dos edades (niñez /

adolescencia). Tras las nuevas experiencias, nada volverá a ser igual. Raquel deja atrás a la niña que fue y se convierte en una joven que, al lado de Germán, mirará al futuro con la esperanza de quien tiene por delante toda la vida. Germán entra para siempre en su ritmo vital y musical.

En las novelas de Teira, en esta en particular, hay confianza en los jóvenes, más audaces, más libres, más capaces de desafiar lo establecido, de amarse creyendo en el futuro, apostando por una vida que no es toda rosas, con ángulos y esquinas, ofrecida en plenitud a una juventud que lucha, camina, sueña..., más preocupada por encontrar un amor que por las pasiones viles de sus “ejemplares” progenitores.

Entre solos de saxo, letras de canciones, películas de cine, frases en francés, drogas y navajas, escapadas y reencuentros, paseos por la playa y besos robados, la trama avanza hacia un final intencionadamente orientado por el narrador:

“Me miró. Habían bastado diez días para que la madurez se perfilara en su rostro. De repente avanzó hacia mí. Me cogió de la cintura y echamos a andar por la plaza desierta. Lo observé. Germán miraba a lo lejos, mar adentro, con la concentración del que decide seguir luchando. Olía a sal y a limpio.” (p. 164).

Confío en que mis palabras sirvan para entender mejor el arte novelesco del escritor que hoy nos acompaña. Termino mi intervención agradeciéndole a Félix Teira su presencia entre nosotros.

Nada más. Muchas gracias.